Mil voces

La literatura africana refleja la diversidad y las tensiones entre la fe en el mañana y las oportunidades perdidas

Por **Miguel Bayón**

EL PERIODISMO se parece a la vida en que generalizas para sortear problemas y, por generalizar, topas con más. Los medios hablan con toda impunidad de "África" o "África subsahariana", y resulta que hay mil Áfricas —*Imaginar África. Los estereotipos occidentales sobre África y los africanos* (Catarata), de **Antoni Castel** y **José Carlos Sendín**, editores—. No digamos en literatura. Para empezar, aún se trata de un continente donde la cultura oral tiene mucho que decir. Y si hablamos de escrituras, sólo académicamente es operativo clasificar África según la herencia idiomática (sean las lenguas coloniales o autóctonas) o incluso por Estados, ya que el Estado, y las fronteras, es sumamente artificial en un continente diverso y mestizo como ninguno —***El pensamiento tradicional africano*** (Catarata), **Ferran Iniesta**—. En España, además, hay carencia de traductores literarios en suajili, kikongo o walof, por mencionar alguna lengua hablada por millones. Y la ignorancia es general sobre esas culturas: Casa África realiza una gran labor desde su sede en Las Palmas, pero casi desconocida fuera de ámbitos oficiales o universitarios. De alguna forma hay que orientarse, y pueden recomendarse ciertas sistematizaciones. Aunque hablemos de literatura, es clave conocer el contexto histórico de un África siempre silenciada o tergiversada: aún es válida la monumental *Historia del África negra,* del burkinés **Joseph Ki-Zerbo** (Alianza). El Cobre tiene una *Historia de la literatura negroafricana. Una visión panorámica desde la francofonía,* de la africanista belga **Lilyan Kesteloot,** que rechaza el acercamiento solo nacionalista. Y aunque su análisis se centra en lo francófono, aporta luz sobre nexos poco estudiados, como el existente entre el movimiento poético de la negritud y el surrealismo europeo. Muy útil es el *Diccionario de literatura del África subsahariana,* publicado por la asociación **Translit**. Las limitaciones de un artículo aconsejan una parcelación por temas.

ESCLAVITUD, COLONIALISMO. La trata de esclavos descuartizó el tejido social de África y grabó la experiencia de la crueldad en el ADN de sus gentes. Y tras la impunidad de traficantes árabes y europeos y de jefes locales cómplices, llegó el colonialismo, la maquinaria de la depredación. La literatura africana nunca podrá eludir esa memoria. Por lo que toca a España, *Las tinieblas de tu memoria negra,* de **Donato Ndongo** (El Cobre), pinta el alma de un niño guineano escindida entre la espiritualidad tradicional y una educación franquista en la que el himno *Montañas nevadas* se volvía *Selvas tropicales, banderas al viento*. Es libro con antecedentes ilustres como *El fuego de los orígenes* del congolés **Emmanuel Dongala** (Alcor) o *Los soles de las independencias,* del marfileño **Ahmadou Kourouma** (Alfaguara), que siempre satirizó la satrapía y corrupción que ha lastrado el África oficialmente libre: ejemplos, *Alá no está obligado* (Muchnik), *Esperando el voto de las fieras* (El Aleph) o *Cuando uno rechaza dice no* (Alpha Decay). La trata perpetrada por musulmanes es contada con gran pulso en *Paraíso* por el tanzano **Abdulrazak Gurnah** (Muchnik) y la vida de los colonos se refleja sobre todo en la narrativa en portugués: la saga familiar de *El tiempo de los flamencos,* del angoleño **Pepetela** (Texto Editores), o *Nación criolla,* de su compatriota **José Eduardo Agualusa** (Alianza), homenaje tropical a Eça de Queiroz. También convendría rescatar la guasa antiburocrática sobre la Angola posindependencia de *Si pudiera ser una ola,* de **Manuel Rui** (Seix Barral), historia de la crianza de un cerdo en una casa de vecinos de Luanda. Un escritor de peso político es el keniata **Ngugi wa Thiong'o,** cuyo *Un grano de trigo* (Ediciones Zanzíbar) denuncia la represión británica contra el Mau-Mau y no esconde los colaboracionismos y cuanto acarrea la putrefacción del sistema colonial.

VIOLENCIA. La violencia política o étnica es la imagen tópica que Occidente cultiva de África, como si África tuviera ese monopolio y los poderes del mercado occidental fuesen ajenos. Es importante ver cómo afrontan el tema los narradores africanos. Los nigerianos destacan: su país es un mosaico explosivo de petróleo —*Nigeria. Las brechas de un petroestado* (Catarata, Aloia Álvarez)—, choques religiosos, corrupción extrema, prensa plural, gente que lucha por la decencia. *Tú di que eres uno de ellos* (El Tercer

Nombre), de **Uwem Akpan,** es un angustioso conjunto de relatos protagonizados por niños o adolescentes en diversas zonas de África (tremendo 'La habitación de mis padres', sobre el genocidio de Ruanda de 1994, o 'Coches fúnebres de lujo' sobre la limpieza étnico-religiosa en Nigeria). Desde luego es heredero del Nobel **Wole Soyinka,** sobre todo de *La estación del caos* (Alfaguara), feroz retratista de la anomia, y también del **Chinua Achebe** de *Todo se desmorona* (Bronce), análisis de la devastación de la cultura tribal. Ese mismo desgarro descrito con un delirio controlado por **Ben Okri,** que crea a un niño-espíritu, Azaro, para pintar una pesadilla de crueldad y privación en la gran trilogía compuesta por *El camino hambriento, Canciones de encantamiento* (ambas en La Otra Orilla) y *Riquezas infinitas* (El Cobre). Vocación de saga tiene *Hijos del ancho mundo* (Salamandra), de **Abraham Verghese,** indio nacido en Etiopía. Entre los cien universos de esta novela, está la objetiva crónica del derrocamiento del Negus y la posterior dictadura militar. Violencia, humor, conocimientos médicos, todo le vale a Verghese. Al sueco **Henning Mankell** se le conoce como padre del inspector Wallander, pero la mitad del año la pasa en Mozambique: en Maputo dirige un teatro de referencia, el Avenida. *Comedia infantil* (Tusquets) es una novela sobre niños de la calle mozambiqueños, cuyo estilo escueto redobla la eficacia; importante *Moriré, pero mi memoria sobrevivirá* (Tusquets), testimonio personal sobre el sida en Uganda y Mozambique, con prólogo de Desmond Tutu. La emigración es abordada como tema literario sobre todo por narradores de la otra África, árabe. El lector no deberá olvidar *Época de migración al norte* (Huerga / Fierro), del sudanés **Táyeb Saleh,** recientemente fallecido, que plasma la dureza del exilio económico y también la picaresca.

MUJERES. Quien pise África verá de inmediato que las mujeres son las víctimas y las salvadoras de todo. Innumerables las novelas que giran sobre sus vidas. Hay que citar obras imprescindibles que pueden abrir puertas a búsquedas posteriores. Pionera fue *Jagua Nana* (Alcor), publicada en 1961 por el nigeriano **Cyprian Ekwensi,** historia de una mujer que aprende a sobrevivir y medrar en un Lagos despiadado. Otro nigeriano, **Ken Saro-Wiwa** (ahorcado en 1995 por el régimen militar como opositor a los abusos de la Shell en el delta del Níger), en *Historia de Lemona* (Zanzíbar) da voz a una presa, que cuenta sus increíbles, tenaces peripecias para seguir viviendo con la frente alta. Hay una autora de referencia en protagonistas femeninos, la nigeriana **Buchi Emecheta.** *Las delicias de la maternidad* (Zanzíbar) arrastra —no paran de suceder cosas, nunca dejas de entender a cada personaje— el desquicie entre tradición y modernidad. Clave *Kehinde* (Bronce), mirada inédita de una mujer que debe volver de Londres a Lagos. Escritoras que iluminan la situación de las mujeres son las senegalesas **Mariama Bâ** *(Mi carta más larga)* y **Ken Bugul** *(El baobab que enloqueció),* en Ediciones Zanzíbar, donde también está un orientador estudio-antología, *Otras mujeres, otras literaturas,* coordinado por Inmaculada Díaz Carbona y Asunción Aragón.

RAÍCES Y COSTUMBRES. Los escritores africanos huyen del folclorismo y del costumbrismo, porque están hartos del ensalzamiento eurocéntrico de un África llena de música, ritos y ocupaciones curiosas: esos aspectos aparecen en sus obras, pero contextualizados. Por ejemplo, la narrativa del mozambiqueño **Mia Couto** se basa en un personal realismo mágico: la última muestra, *El otro pie de la sirena* (El Cobre), donde el hallazgo de restos de un avión espía no tripulado da pie a una trama a caballo entre lo onírico y lo real. En terreno más legendario, *Mi vida en la maleza de los fantasmas* (Siruela), escrita en los años cincuenta por el nigeriano **Amos Tutuola.** O esa especie de Julio Caro Baroja, el maliense **Amadou Hampaté Bâ,** conocido por su frase: "En África, la muerte de un anciano es una biblioteca en llamas", un todoterreno del pensamiento, autor por ejemplo de *Kaidara, cuento iniciático peule* (Kairós) o *Njeddo Dewal, madre de la calamidad* (Zanzíbar), continuador de su maestro sufí Tierno Bokar, sobre cuya figura presentó en mayo en Madrid un montaje teatral Peter Brook. Costumbrismo trascendido a base de humor, *El testamento del señor Napumoceno da Silva Araújo* (Bronce) del caboverdiano **Germano Almeida.**

EL HECHO DIFERENCIAL SUDAFRICANO. Sudáfrica tuvo el terrible hecho diferencial de la dictadura racista del apartheid y ahora respira el insólito ejemplo de democracia lograda por Nelson Mandela. Por mucho tiempo su literatura deberá ser leída a partir de ambos fenómenos. Sudáfrica, con Nigeria, es la potencia literaria del continente. No en vano el Premio Nobel ha recaído sobre dos sudafricanos, **Nadine Gordimer** y **J. M. Coetzee.** La riqueza narrativa de Sudáfrica la explica su gran cantera. El Cobre publica Trilogía de **Z Town,** y anteriormente *Fruta amarga,* de **Achmat Dangor.** La trilogía es una novela con tres capítulos que refleja como ninguna la vida en un barrio negro de Johanesburgo durante el apartheid, a través de historias de mujeres: "Un tiempo demacrado y leproso", donde cada personaje tiene sus razones, pero nada da igual éticamente. •